



## *Todo lo que hay que hacer es mirar*

Jesús Salvador

jsginer@gmail.com

*La tecnología lleva mucho tiempo ofreciendo sofisticados y maravillosos instrumentos para poder admirar el cielo y sacarle el mayor partido, permitiendo recolectar, en forma de datos y de imágenes, toda su belleza y características. Pero, aunque esos ingenios sean tan valiosos, que lo son, y necesarios (que lo son más aún), quizá sea bueno 'renunciar' a ellos, por momentos, para recuperar la visión del cosmos a través de los ojos desnudos.*



FANTÁSTICA IMAGEN DE ROGELIO BERNAL, QUE MUESTRA EN TODA SU BELLEZA EL ESPINAZO NEBULOSO DE LA VÍA LÁCTEA (ROGELIO BERNAL ANDREO, [www.deepskycolors.com](http://www.deepskycolors.com))

tecnológicas (impresionantes, sorprendentes) que nos permiten lograr metas hasta hace poco impensables. Siempre queremos captar más detalles de esa nebulosa o pillar más estrellas en aquel esquivo cúmulo globular, o delinear más concretamente la fisonomía de cierta galaxia. O mil cosas similares. Es loable, ese deseo, desde luego y forma parte del espíritu de la ciencia y su desarrollo: llegar más lejos, verlo todo mejor, captar hasta el menor matiz posible.

Sin embargo, también es evidente que, a más detalle, menos visión general, menos perspectiva. Menos contexto. Y esto, tal vez, venga bien tenerlo en cuenta. La especialización es vital; los estudios concretos y específicos, básicos. Pero también es sano intentar contemplar el universo en su totalidad. Pensar en él como un todo, no sólo como pequeñas parcelitas resolubles para nuestros telescopios, CCD's y programas de tratamiento de imágenes.

Todo esto me lleva a recordar que, hace 20 años, antes de que tuviera nada óptico más elaborado

Es fácil dejarse llevar, tanto en el ámbito de la astronomía como en cualquier otro, por las innovaciones

que unos prismáticos pesadísimos y antediluvianos de mi padre (que, justo entonces, ya tenían más de dos

décadas), yo solía actuar así. Solía *pensar* así. Lo hacía cosmológicamente, aunque fuera desde la ignorancia. Porque, de ésta, tenía de sobra. Sin embargo, me aventuraba a elaborar complejas, enrevesadas (y absurdas, claro) teorías acerca de cómo había nacido el universo, a su propósito, al por qué carajo existía (él y yo, los malditos mosquitos y las deseadas muchachas...). Bueno, quizá eso de ‘complejas’ y ‘elaboradas’ teorías es una exageración; sí, lo es. Sería más acertado hablar de meras ‘elucubraciones’, ‘fantasías’ o ‘desvelos’.

Por 1995 o 1996 (haced un poco de memoria: aquella época bendita en la que la Providencia nos regalaba cometas grandiosos consecutivos, como el *Hale-Bopp* y el *Hyakutake*, por ejemplo), las noches de verano, o las inmediatas previas a ese solsticio, solía pasarlas en la azotea de la casita de campo, en Marxuquera. A veces solo, a veces con mis padres, a veces con amigos (las amigas aún no se me acercaban demasiado, puñetas...). El caso es que había menos contaminación lumínica que hoy, y se podía apreciar el lomo dorsal de la Vía Láctea bastante a menudo. Y esa visión incitaba, e incita, a lo abstracto, a teorizar (aunque sea mediocrementemente), a la ‘metafísica’, por así decir. Era difícil no pensar en el Ser, la Divinidad, o en la Naturaleza vista como tal, mirando un espectáculo así. Claro que luego me acordaba del ateísmo (o del panteísmo, dígame como se quiera) de Carl Sagan, mi gurú y mi ‘maestro’ por aquel entonces (y, por desgracia, a punto de fallecer a la sazón), y me reconvenía a mí mismo. A los 16 años, imagino, uno aún no tiene claras del todo sus posturas espirituales (o materialistas). A veces, sospecho, puede que no se llegue a tenerlas nunca...

Cuando uno no sabe apenas nada (ahora sé algo más que ése ‘apenas nada’, pero tampoco demasiado...) es fácil ponerse a cavilar. No está tan limitado, tan castrado por los márgenes de lo posible, de lo racionalmente plausible. El resultado es que nos pegamos viajes oníricos estupendos, imaginando seres, nacimientos y muertes, explosiones, estallidos, deformaciones de espacio-tiempo, reverberaciones, renacimientos, ocasos y destrucciones absolutas; casi todo es posible. Y luego, al terminar, te dices a ti mismo que sí, que quizá sucediera así. Que, quizá, el universo está aquí tal por un proceso, un suceso, o una idea, tal como tu imaginación la ha pintado.

No dura mucho, sin embargo, esa sensación de triunfo. Porque, aunque seas adolescente, no eres del todo imbécil, de modo que pronto comprendes que, en el fondo, muy muy al fondo, tal vez las cosas fueron de otro modo. Y que, por mucha *Pepsi Max* que refresque tu cerebro en las pegajosas noches estivales e ilumine tu intelecto, es muy probable que todo fuera, de hecho, mucho más inimaginablemente complejo, raro e increíble de lo que eres capaz de imaginar.

También por esa época me estaba haciendo la colección ‘*Astronomía*’ de Orbis Fabbri. En uno de los primeros VHS de la misma aparecía Ian Shelton, el astrónomo canadiense, trabajando en el Observatorio de las Campanas (Chile) desde donde había localizado la supernova 1987A, en la Gran Nubes de Magallanes. Pues bien, solía ponerme ese video (ay, aquellos viejos VHS, qué bien funcionaban...) mientras merendaba mis tres gofres de chocolate (ay, aquellos gofres, mmm...). Y, como lo hacía tan a menudo, me conocía los videos de memoria. En una parte de la entrevista a Shelton, éste comenta muy acertadamente (lo transcribo según lo recuerdo, claro; mi reproductor de VHS ya hace años que la diñó...):

“Yo no quiero que la gente pase por la vida pensando que la vida es ir a trabajar a las nueve en punto de la mañana, volver a casa a las cinco, cenar, mirar la televisión. Quiero decir que la vida es mucho más que eso. Lo haces todo durante el día: vas a ver parques, vas a ver sitios, viajas, vas como turista... ves la Tierra durante el día. Pero, por la noche, puedes ir mucho más lejos. Y no tienes que ir a ninguna parte. Sólo tienes que mirar hacia arriba y puedes transportarte a miles de millones de kilómetros, a miles de millones de años luz, si quieres [mmm... sí, aquí, Sheldon quizá se pasa un poco]. Sabes que sólo con mirar hacia arriba tienes acceso a una realidad mucho mayor. Mucho mayor, el universo esta ahí. *Lo único que tienes que hacer es mirar.*”

Así es.

Hay que *mirar*. Y *pensar*. Y *sentir*. Y *ser*.

Si no, todo esto, lo que palpita *aquí* dentro, y lo que brilla *allá* arriba, no merecería para nada la pena, y no sería más que un descomunal y penoso desperdicio.

¿No os parece?